

IV Semana del Adviento

Viernes

Lc 1, 57-66

El nacimiento de Juan el Bautista. El Evangelio que hemos escuchado, sobre el nacimiento de Juan el Bautista, ya nos anuncia el nacimiento de Jesús. Y es que, también así, la liturgia busca decirnos que Juan Bautista es el que prepara el camino del Señor, y deberá convertirse en el heraldo del Mesías, de aquel que la Virgen de Nazaret ha concebido por obra del Espíritu Santo.

El nacimiento de Juan ha sido rodeado por varios signos prodigiosos: los padres ya no tenían edad para tener hijos; además, Zacarías se queda mudo en el Templo y sólo recobra el habla cuando le pone a su hijo el nombre de Juan. Tan llamativo era lo que pasaba que “se apoderó de todos sus vecinos el temor y se comentaban estos acontecimientos por toda la montaña de Judea”.

Mañana por la noche será la Nochebuena, el momento de revitalizar el nacimiento de Jesús en nuestro corazón. Y así como los vecinos de Juan Bautista descubrieron, que las señales que acompañaban a Juan Bautista anunciaban cosas grandes en él, a nosotros nos corresponde descubrir mañana en el niño de Belén la señal de Dios en la sencillez. La señal de Dios es el niño. La señal de Dios es que Él se hace pequeño por nosotros. Éste es su modo de reinar. Él no viene con poderío y grandiosidad, externas. Viene como niño inerme y necesitado de nuestra ayuda. No quiere abrumarnos con la fuerza. Nos evita el temor ante su grandeza. Pide nuestro amor: por eso se hace niño. No quiere de nosotros más que nuestro amor, a través del cual aprendemos espontáneamente a entrar en sus sentimientos, en su pensamiento y en su voluntad: aprendamos a vivir con Él y a practicar también con Él la humildad de la renuncia que es parte esencial del amor. Sigamos reparando el corazón para que mañana nazca para todos la luz del amor, para que nosotros podamos comprenderlo, acogerlo, amarlo.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)